

Landesbibliothek Oldenburg

Digitalisierung von Drucken

Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha

En Quatro Tomos

Cervantes Saavedra, Miguel de

Londres, 1738

Capitulo X. Del discurso que tuvo Don Quixote con su buen Escudero Sancho Pancha.

urn:nbn:de:gbv:45:1-1581

prometiò, que el Escudero haria todo aquello que de su parte le fuèsse mandado. Pues en fè de essa palabra yo no le harè mas daño, puesto que me lo tenia bien merecido.

C A P I T U L O X.

Del discurso que tuvo Don Quixote con su buen Escudero Sancho Pança.

YA en este tiempo se avia levantado Sancho Pança, algo maltratado de los moços de los Frayles, y avia estado atento à la batalla de su Señor Don Quixote, y rogava à Dios en su coraçon, fuèsse servido de darle victòria, y que en ella ganasse alguna Infula de donde le hizièsse Governador, como se lo avia prometido. Viendo, pues, acabada la pendencia, y que su Amo bolvia à subir sobre Rozinante, llegò à tenerle el estribo; y antes que subièsse, se hincò de rodillas delante del, y asiendole de la mano, se la besò y le dixo: Sèa vuestra Merced servido, Señor Don Quixote mio, de darme el Gobierno de la Infula, que en esta rigurosa pendencia se ha ganado, que por grande que sèa, yo me siento con fuerças de saberla governar tal y tan bien, como otro que aya governado Infulas en el mundo. A lo qual respondiò Don Quixote: Advertid, hermano Sancho, que esta aventura, y las à esta semejantes, no son aventuras de Infulas, sino de encruzijadas, en las cuales no se gana otra cosa, que sacar rota la cabeça, ò una oreja menos. Tened paciencia, que aventuras se ofreceràn, donde no solamente os pueda hazer Governador, sino mas adelante. Agradeciòselo mucho Sancho, y besandole otra vez
la



In: Vanderbank invt et Delin
Vol: 3 - P: 70

Ger: VanderGucht sculp.





la mano, y la falda de la loriga, le ayudò à subir sobre Rozinante, y començò à seguir à su Señor, que à passo tirado, sin despedirse ni hablar mas con las del coche, se entrò por un bosque, que alli junto estava. Seguiale Sancho à todo el trote de su jumento, pero caminava tanto Rozinante, que, viendose quedar atras, le fue forçoso dar voces à su Amo, que le aguardasse. Hizolo assi Don Quixote, teniendo las riendas à Rozinante hasta que llegasse su Canfado Escudero, el qual en llegando le dixo: Pareçeme, Señor, que seria acertado irnos à retraer à alguna Iglesia, que segun quedò mal trecho aquel con quien os combatistes, no ferà mucho, que den noticia del caso à la Santa Hermandad, y nos prendan; y à fe que si lo hazen, que primero que salgamos de la carcel, que nos hà de sudar el hopo. Calla, dixo Don Quixote, y donde has visto tu, ò leydo jamas, que Cavallero andante aya sido puestto ante la Justicia por mas homicidios que huviesse cometido? Yo no sè nada de Omecillos, respondiò Sancho, ni en mi vida le catè à ninguno: Solo sè, que la Santa Hermandad tiene que ver con los que pelèan en el campo, y en essotro no me entremeto. Pues no tengas pena, amigo Sancho, respondiò Don Quixote, que yo te facarè de las manos de los Caldèos, quanto mas de las de la Hermandad. Pero dime por tu vida, has tu visto mas valeroso Cavallero que yo, en todo lo descubierto de la tierra? Has leydo en Historias otro que tenga ni aya tenido mas brio en acometer, mas aliento en el perseverar, mas destreza en el herir, ni mas maña en el derribar? La verdad sea, respondiò Sancho, que yo no he leydo ninguna historia jamas, porque ni sè leer, ni escribir; mas lo que osarè apostar

tar

târ es, que mas atrevido amo que vuestra merced, yo nõ le he servido en todos los dias de mi vida; y quièra Dios que estos atrevimiètos no se pàguen donde tengo dicho. Lo que le ruego à vuestra merced es, que se cure, que le vâ mucha sangre de essa oreja, que aqui traygo hilas, y un poco de unguento blanco en las alforjas. Todo esso fuèra bien escusado, respondiò Don Quixote, si à mi se me acordàra de hazèr una redòma del bàlsamo de Fierabràs, que con sola una gota se ahorrarian tiempo, y medicinas. Que redòma, y que bàlsamo es esse? Dixo Sancho Pança. Es un bàlsamo, respondiò Don Quixote, de quien tengo la receta en la memoria, con el qual no ay que tenèr tèmor à la muerte, ni ày pensàr morir de ferida alguna: Y assi quando yo le haga, y te le dè, no tienes mas que hazèr, fino, que quando vières, que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo (como muchas vezes fuele acontecèr) tomàr bonitamènte la parte del cuerpo que huvière caydo en el suelo, y con mucha futiliza, antes que la sangre se yele, la pondràs sobre la otra mitad que quedàre en la filla, advirtièndo de encaxàrla igualmente, y al justo. Luego me daràs à bebèr sòlos dos tragos del bàlsamo que he dicho, y veràsme quedar mas sano que una mançana. Si esso ay, dixo Pança, yo renuncio desde aqui el Gobierno de la prometida Infula, y no quièro otra cosa en pago de mis muchos y buenos servicios, fino que vuestra merced me dè la receta de esse estremado licòr, que para mi tengo, que valdrà la onça adonde quièra, mas de à dos reales, y no he menestèr yo mas para passàr esta vida honrada y descansadamente. Pero es de saber aora, si tiene mucha costa el hazelle? Con menos de
tres

tres reales se pueden hazer tres azumbres, respondió Don Quixote. Pecador de mi, replicò Sancho, pues à que aguarda vuestra Merced à hazelle, y à enseñarmele? Calla, amigo, respondió Don Quixote, que mayores secretos pienso enseñarte, y mayores mercedes hazerte; y por aora curèmonos, que la oreja me duele mas de lo que yo quisiera. Sacò Sancho de las alforjas hilas y unguento: Mas quando Don Quixote llegò à ver rota su zelada, pensò perder el juicio; y puesta la mano en la espada, y alçando los ojos al Cielo, dixo: Yo hago juramento al Criador de todas las cosas, y à los quatro Santos Evangelios, donde mas largamente estàn escritos, de hazer la vida que hizo el Marques de Mantua, quando jurò de vengar la muerte de su Sobrino Valdovinos, que fue, de no comer pan à mantèles, ni con su Muger folgàr; y otras cosas, que aunque dellas no me acuerdo, las doy aqui por expressadas, hasta tomar entera vengança del que tal defaguisado me hizo. Oyendo esto Sancho, le dixo: Advierta vuestra merced, Señor Don Quixote, que si el Cavallero cumplió lo que se le dexò ordenado, de irse à presentar ante mi Señora Dulcinea del Toboso, ya avrà cumplido con lo que devìa, y no merece otra pena, sino comete nuevo delito. Has hablado, y apuntado muy bien, respondió Don Quixote, y assi anulo el juramento en quanto à lo que toca tomar del nueva vengança; pero hàgole, y confirmole de nuevo, de hazer la vida que he dicho, hasta tanto que quite por fuerça otra zelada, tal, y tan buena como esta, à algun Cavallero. Y no pienses Sancho, que, assi à humo de pajas, hago esto, que bien tengo à quien imitar en ello, que esto mesmo passò àl piè

T O M. I.

L

de



de la letra sobre el yelmo de Mambrino, que tan caro le costò à Sacripante. Que dè al Diablo vuestra Merced tales juramentos, Señor mio, replicò Sancho, que son muy en daño de la salud, y muy en perjuizio de la conciencia. Si no digame aora, si à caso en muchos dias no topàmos hombre armado con zelada, que hemos de hazer? Hase de cumplir el juramento à despecho de tantos inconvenientes, è incomodidades, como ferà el dormir vestido, y el no dormir en poblado, y otras mil penitencias que contenia el juramento de aquel loco viejo del Marques de Mantua, que vuestra Merced quiere revalidar aora? Mire vuestra Merced bien, que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino harrieros, y carreteros, que no solo no traen zeladas, pero quiçà no las han oydo nombrar en todos los dias de su vida. Engañaste en esso, dixo Don Quixote, porque no avrèmos estado dos horas por estas encruzijadas, quando veàmos mas armados, que los que vinièron sobre Albraca à la conquista de Angelica la bella. Alto, pues; sea assi, dixo Sancho; y à Dios prazga que nos suceda bien, y que se llegue ya el tiempo de ganar esta Infula que tan cara me cuesta, y muèrame yo luego. Ya te he dicho, Sancho, replicò Don Quixote, que no te dè esso Cuydado alguno, que quando faltàre Infula, ay està el Reyno de Dinamarca, ò el de Sobradisa, que te vendrà, como anillo al dedo; y mas que por ser en tierra firme te debes mas alegrar. Pero dexèmos esto para su tiempo, y mira si traes algo en estas alforjas, que comàmos, porque vamos luego en busca de algun Castillo donde aloxèmos esta noche, y hagàmos el bàlsamo, que te he dicho, porque yo te voto à Dios, que me
va

va doliendo mucho la oreja. Aqui traygo una cebolla, y un poco de queso, y no sè quantos mendrugos de pan, dixo Sancho, pero no son manjares que pertenecen à tan valiente Cavallero como vuestra Merced. Que mal lo entiendes, respondió Don Quixote: Hàgote saber, Sancho, que es honra de los Cavalleros andantes no comer en un mes, y yà que coman, sea de aquello que hallàren mas à mano; y esto se te hiziera cierto, si huvièras leydo tantas historias como yo, que aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relacion, de que los Cavalleros andantes comiesen fino era à caso, y en algunos suntuosos banquetes que les hazian, y los demas dias se los passavan en flores: Y aunque se dexa entender, que no podian passar sin comer, y sin hazer todos los otros menesteres naturales, ha se de entender tambien, que andando lo mas del tiempo de su vida por las florestas, y despoblados, y sin cozinero, que su mas ordinaria comida seria de viandas rusticas, tales como las que tu aora me ofreces. Assi que, Sancho amigo, no te congoje lo que à mi me dà gusto, ni quieras tu hazer mundo nuevo, ni sacar la cavalleria andante de sus quicios. Perdoneme vuestra Merced, dixo Sancho, que como yo no sè leer, ni escribir, como otra vez he dicho, no sè, ni he caydo en las reglas de la profesion cavalleresca; y de aqui adelante yo proveerè las alforjas de todo genero de fruta seca para vuestra Merced, que es Cavallero, y para mi las proveerè, pues no lo soy, de otras cosas volatiles, y de mas sustancia. No digo yo, Sancho, replicò Don Quixote, que sea forçoso à los Cavalleros andantes no comer otra cosa sino essas frutas, que dizes, sino que su mas ordinario susten-

